

Sombra de sombras el *Spoliarium* del pintor y el *Spoliarium* del poeta..... Sombra de sombras, entre las que se destaca luminosa, y contrastando con tanta figura de fiero continente, una mancha de suavísimos contornos, una mujer en actitud de resignada melancolía, destrenzada la copiosa cabellera y humillada la artística cabeza, como si la abatiesen penas insolubles, ó como si sus ojos buscaran todavía, flotando en aquel lago de sangre, los pedazos del vaso roto y las hojas desprendidas de *El Tiesto de rosas*.....

L. BONAFoux.

Madrid, Agosto de 1887.

## LA PRIMERA LECCIÓN



STÁBAMOS sentados sobre la hierba, recostados en la tapia del jardín, bajo la aucha sombra de una higuera, entre cuyas hojas danzaba un enjambre bullicioso de pájaros hambrientos que á la higuera acudían, avaros de nutrirse con su pródigo y sazonado fruto; cruzaban por delante de nosotros zumbadores insectos; mezclábase en el aire, al monótono é insoportable canto de las chicharras y de los grillos, el alegre cantar de una mo-

zuela que, mal encubierto el pecho por vistoso pañuelo de percal, remangada la chambrá, descalza de pie y pierna, é inclinado el cuerpo sobre una artesa, enjabonaba enaguas y camisas, golpeándolas nerviosamente, y mostrando al golpearlas la espléndida curva de sus caderas, movidas á compás, durante las fatigas de su trabajo, con suave y lasciva ondulación; un lagarto, asomando curioso por entre dos piedras mal unidas, nos miraba con ojuelos retozones y brillantes; dos chiquillos desarrapados y sucios trababan furioso combate, defendiendo, uñas en ristre, sus derechos á una granada caída del árbol, y arriba, encima de nuestras cabezas, el sol, alegrando con sus rayos los tonos limpios de un cielo sin nubes, inundaba los campos de trigo, dorando á fuego las repletas espigas, mientras un viento caliente llegaba hasta nosotros, trayéndonos con él todos los rumores de aquella siesta calurosa y tranquila.

Yo era entonces muy joven, lo cual no indica, como supondrán algunos, que haga mucho tiempo del suceso que voy á referir; sólo han transcurrido cinco años. Sin embargo, lo repito. Yo era entonces muy joven. Dichoso del que no me entienda.

Aún no se había grabado en mi frente el surco

de una idea triste; aún no bordeaban mis ojos esas ojeras violáceas, marca imborrable de crueles é intensos dolores; mis ambiciones eran francas, mis deseos puros, mis proyectos nobles, mi fe ciega; por mi cerebro no había cruzado la sombra de un mal pensamiento; el desengaño tenía abiertas de par en par las puertas de mi alma, y yo era bueno, porque era feliz. Mi compañero, más viejo, más experimentado que yo, escuchaba con burlona sonrisa mis confidencias, mis sueños, mis afanes de gloria y de renombre; yo no podía comprender, en la época á que hago referencia, todas las enseñanzas ofrecidas por aquel perfil escéptico y mordaz; todos los argumentos traídos en contra de mis ilusiones por aquella frente sombría, por aquellos cabellos escasos y blanqueados prematuramente, por aquellos ojos tenaces y por aquellos labios que se plegaban hacia los extremos de la boca con desdeñosa y violenta contracción.

Gozaba mi compañero fama de sabio; su nombre, repetido sin cesar en periódicos y academias; se pronunciaba con admiración y respeto. Combatiente, nacido como yo en el humilde radio de una aldea, había triunfado, y no obstante, ni un solo rasgo de su fisonomía daba indicios de su victoria; más que un vencedor, parecía un

vencido. Y es que hay victorias tristes, muy tristes. Cuando el vencedor consigue el triunfo á costa de mucha sangre derramada, de terribles angustias, de amigos fieles que desaparecieron para siempre, de entusiasmos que se aniquilan y sucumben, el triunfo se convierte en derrota y la corona de laurel en corona de espinas, que desgarran la frente de quien la ciñe.

Algo muy semejante le había ocurrido al hombre que fué depositario de mis quimeras en aquella tarde calorosa del mes de Agosto: en cada lucha, en cada victoria parcial, vió desaparecer un pedazo de su alma, una esperanza ó una ilusión; y al tocar la cima de sus aspiraciones, al volver los ojos atrás, al sentir en sus oídos la adulación rencorosa del éxito, se encontró solo y gozó con amargura de un triunfo que le costaba tanto, y maldijo su gloria, que brillaba como *Inri* sangriento sobre un montón de cadáveres.

Por alimentar una sola de mis quimeras, hubiera él dado cuantas alabanzas le prodigaba el mundo; y al oírme, comprendiendo que pronto, muy pronto desaparecerían mis sueños á los continuos y brutales golpes de la realidad, me escuchaba silencioso é inmóvil, mostrando en su gesto incrédulo algo amargo y dulce á la vez, mezcla

extraña de lástima burlona y de crueldad compasiva.

Yo, sin reparar en su actitud, animado por el entusiasmo de la inexperiencia, atravesaba ufano el ancho campo de mis futuros proyectos, y no eran suficientes á detenerme en mi entusiasta peregrinación ni las escasas advertencias esparcidas en el limitado círculo de mi trato social, ni las experiencias que en mis varias lecturas pude recoger.

Para mí todo mal tenía remedio, toda servidumbre redención, toda miseria amparo, todo error disculpa y todo crimen castigo. Mi esfuerzo, juntándose al esfuerzo de otros que como yo pensarán, sería bastante á disipar las incorrecciones sociales, y santas ideas de bien, de virtud, de amor, de justicia, surgirían de aquella lucha para iluminar el mundo.

Este porvenir risueño veíalo yo próximo y seguro. La juventud es como el sol: dora los abismos sin pararse á contemplar las monstruosidades que su luz descubre.

De pronto, en lo más animado de mi peroración, sentí que me agarraban por un brazo, y vi á mi compañero señalar fríamente hacia un ángulo de la tapia, mientras murmuraba con sarcástica voz: *Mira*.

Encaminé los ojos al punto señalado, y allí, adherido á la tapia, ví un jirón gris, polvoriento, flotante..... Era una red de araña que, apoyando sus costados en la pared, se destacaba de ella en forma poligonal, para morir luego en el fondo obscuro de un agujero informe. De aquel agujero salía la muerte. En la parte libre de la red, sujetos

al extremo de hilos finísimos, como suelen estarlo al cáñamo de la horca las víctimas de la justicia humana, pendían cuatro ó cinco cadáveres de insectos, y en el punto medio del polígono una mosca, víctima de su imprevisión ó de su ignorancia, se esforzaba inútilmente para librarse de las mallas que la oprimían.

Aquella sujeción era horrible para la infeliz prisionera; así debía comprenderlo ella, cuando agitando sus alas con zumbido angustioso y sacudiendo sus temblorosas patas con trémulo compás,



procuraba huir, volver al espacio, á la luz á su antigua existencia, truncada por un golpe brutal de la suerte.

¡Inútil deseo! La red defendía su presa con implacable testarudez, y la mosca luchaba en vano, retorciendo angustiosamente su débil y amenazado cuerpecillo.

De pronto, á la entrada del agujero, apareció la araña. Sus garras vellosas, terribles en aquel instante, avanzaron sobre la red; su cuerpo, destacándose entre las sombras de su guarida como otra sombra más, oscilaba pausadamente. La víctima, en presencia de su enemigo, cesó de moverse, agarrotada por el espanto.

—¡Desdichada! —grité yo á mi amigo. — ¡Salvémosla!

Y con brusco movimiento extendí la mano para romper la tela; la araña, al verme, retrocedió furiosa; el insecto cautivo abrió las alas y quiso huir; yo, decidido á protegerle, avanzaba un paso, cuando mi compañero me detuvo.

—¿Qué vas á hacer?—dijo.

—Salvarla—repuse yo.

—¡Salvarla! ¿Para qué?.....

—Para que viva, para que goce de su libertad, para que sea feliz, como lo soy yo, como lo eres

tú, para evitar un mal, para hacer un bien, para ser justo..... para eso. Mira—añadí—nada tan hermoso como una buena acción, siquiera recaiga en el más ínfimo de los seres. Sí, salvémosla; seamos justos.

—¿Y tú crees que salvándola seremos justos?—replicó mi compañero.—No—siguió diciendo con su voz cortante como el filo de un hacha;—no, y cien veces no. Salva á esa mosca, si así lo quieres, pero medita bien lo que haces. La araña, por ley de naturaleza, vive sujeta á las mallas de esa red, que son su elemento de vida; cuanto cae dentro de su radio le pertenece, es suyo; ella no tiene culpa de la crueldad que informa sus acciones; no la tiene ni de su voracidad, ni de su furia. Su instinto la obligó á refugiarse en ese agujero lóbrego; su instinto la obligó también á tejer esa tela destructora. Así fué hecha, así existe. El acto de nacer implica el derecho de vivir, lo mismo en la araña que en el hombre. Si esa mosca que tiembla con espanto fué lo bastante irreflexiva para dejarse aprisionar, la araña, devorándola, no se venga; obedece simplemente á necesidades de su organismo. La mosca volaba hace un instante, libre, feliz..... tropezó en esa red y cayó en ella, porque debía tropezar y caer. Ese era su destino: caer.

La araña estaba en acecho de una presa; la presa llega á su alcance y se dispone á devorarla. Ese es su destino: devorar..... ¿Tú quieres oponerte? ¡Locura!..... No lo hagas. Deja que se cumpla el destino.

—No—repuse yo sin apartar la mano de sobre la cenicienta red,—no; te engañas. Mi deber consiste en salvar á ese insecto; él representa la debilidad, la desgracia, la impotencia, el ruego; su enemigo, el poder, la fuerza, la crueldad, el triunfo: son el verdugo y la víctima, horrible el uno, suplicante la otra; librar á ésta de las garras de aquél, es hacer un bien; el bien no razona, no quiere razonar, no puede razonar..... No te opongas á mi decisión, porque sería inútil.

Y dispuesto á cumplir mi promesa, procuré desasirme de mi compañero; pero éste, sin soltar mi brazo, exclamó con acento convencido y despoético:

—¡Déjala, insensato, déjala! ¿Quién eres tú para oponerte á leyes inmutables? ¿En qué razón te fundas para obrar así? ¿En la razón del bien? Te engañas. El acto que pretendes realizar no es justo, pero tampoco es bueno. ¿Es tu ánimo salvar á ese insecto, sólo á ese? Pues tu bien resulta estéril, completamente estéril; no impe-

dirás con ello que otros insectos se enreden en las mallas de esa tela, ni que la araña los devore. Salvar uno entre mil es injusta y ridícula pretensión que nada resuelve. ¿Tratas, por ventura, de pasar la vida en este sitio librando á todas las víctimas que se aproximen á él? ¿Sí? Pues entonces cometerás un crimen tan horrible como el que intentas dirimir. Esa araña negra, vellosa, deforme, tiene derecho á la vida. ¿Vas tú á privarla de su alimento? Sea en buen hora; salvarás á las moscas y matarás de hambre á la araña. Este es el dilema. Además, matando á esa araña, ¿consigues algo? ¿Es la única? Y si no es la única, ¿qué pretendes? Loco, y más que loco, necio, deja que el destino se cumpla en esto como en todo. La mosca es el derecho de la araña. Respétalo.

Yo, herido por aquella lógica brutal y convincente, retrocedí un paso, dejé caer los brazos á lo largo del cuerpo y permanecí inmóvil. La araña, aprovechando mi descuido, dió un salto formidable, salto de tigre, y cayó de golpe sobre la mosca, que aleteaba angustiosamente. De un zarpazo la partió en dos, y rápida, satisfecha, orgullosa de su triunfo, penetró en su caverna, arrastrando el ensangrentado cuerpo de la víctima.

Cuando alcé los ojos, un cadáver más oscilaba en los bordes de la red; lo miré tristemente, y mi compañero, señalándome con imperioso gesto los pájaros que picoteaban el sazonado fruto de la higuera, los insectos que robaban su jugo á las flores, el sol agostando la mies, los chiquillos golpeándose furiosos por la granada caída del árbol, el lagarto en acecho de una presa y la muchacha restregando sobre enaguas y camisas un trozo de jabón que se deshacía como el placer en burbujas irisadas y pasajeras, me dijo con voz grave, no exenta de amargura:

—Esa es la ley. Cúmplela, déjala cumplir. Ya llegará un día en que sus mallas te sujeten como esas mallas sujetaban al insecto que pretendiste salvar, y caerás, como él, sin que nadie pueda torcer las inflexibles determinaciones de tu destino.

